

La opinión en los periódicos norteamericanos después del 11-S: el derecho a una información discrepante

Dr. JOSÉ LUIS M. ALBERTOS
albertos@ccinf.ucm.es
Catedrático Emérito de Periodismo
U.C.M.

RESUMEN

Seis meses después del atentado del 11-S, las consecuencias de este acontecimiento pueden ser estudiadas desde una triple perspectiva: la repercusión a escala mundial del hecho (el comienzo del siglo XXI), la aparición en EE.UU. de un recrudecimiento de las tendencias ideológicas más conservadoras (el inicio de una nueva caza de brujas según el modelo macarthysta) y la evidencia de que en el periodismo norteamericano se está produciendo un déficit en algunos aspectos propios del derecho a la información (la ausencia de un debate de ideas y una preocupante autocensura reflejada en el miedo a emitir opiniones discrepantes respecto al pensamiento único gubernamental). A partir de un texto de Walter Lippmann de 1922, el autor cree que estas tensiones detectadas ahora en EE.UU. pueden producir un resultado nefasto: que el periodismo de USA no sea capaz de brindar a los ciudadanos una imagen fiable de la sociedad en la que viven.

PALABRAS CLAVE: Periodismo de opinión, periodismo en EE.UU., debate de ideas, macarthysmo.

ABSTRACT

THE OPINION IN USA' NEWSPAPERS AFTER SEPTEMBER 11th: THE RIGHT TO DISCREPANT INFORMATION

Six months after attack of September 11th, can be studied the consequences of this event from three perspectives: the world-wide repercussion of the fact (the beginning of 21st century), the resurgence in the U.S.A. of a new outbreak of the ideological tendencies more conservatives (the beginning of a new hunting of witches according to the model of

McCarthy) and the evidence that a deficit of the right to the information in the American journalism is taking place (the absence of a debate of ideas and self-censure reflected in the fear to express discrepant opinions with respect to the governmental unique thought). Following a Walter Lippmann' text of 1922, the author of this article thinks that these tensions observed now at USA can produce an ominous result: that the journalism of the USA don't be able to offer to the citizens a trustworthy image of the society in which they live.

KEY WORDS: Opinion Journalism, journalism in the U.S.A., debate of ideas, McCarthysm.

*El periodismo no es una verdad única,
sino una suma de miradas sobre la realidad.*
(Umberto Eco)

Seis meses después del trágico acontecimiento conocido en todo el mundo como el 11-S, parece que estamos en condiciones de reflexionar ya con ciertas garantías de distanciamiento objetivo acerca de las consecuencias, unas inmediatas y otras a medio o largo plazo, que este descollante suceso está produciendo en las conciencias de los hombres en estos comienzos de siglo. Desde mi punto de vista, hay tres conclusiones provisionales que podemos poner ya sobre la mesa para iniciar una provechosa discusión. A saber, y por orden de mayor a menor por el número de personas afectadas en cada caso, estas hipótesis iniciales serían las tres siguientes:

- a) el siglo XXI ha comenzado precisamente el 11 de septiembre del año 2001 y esto es válido para todo el mundo;
- b) Estados Unidos vive desde esta fecha un recrudecimiento de sus tendencias ideológicas más conservadoras, tendencias que se pueden condensar en dos movimientos autoprotectores: un militarismo en auge y una nueva "caza de brujas" según el modelo del senador McCarthy;
- c) en el más reducido ámbito de la comunicación periodística, la cruzada colectiva contra el terrorismo está significando actualmente un importante déficit en algunas libertades cívicas, lo cual repercute de modo especial en las posibilidades de ejercer plenamente el derecho a la información en cuanto valor universal atribuible a todo ser humano y, de manera especial, a los profesionales del periodismo.

De estas tres hipótesis, pienso ocuparme especialmente de la tercera, en la medida en que su ámbito de aplicación es más propio del tipo de estudios o líneas de investigación específicas del departamento universitario que edita esta revista. Pero me veo en la obligación intelectual de hacer previamente una rápida incursión por las dos primeras con objeto de que las conclusiones a las que llegue en su

momento tengan una base suficientemente lógica y coherente. Vayamos, pues, por partes.

1. EL COMIENZO DEL SIGLO XXI

Analistas políticos e historiadores han coincidido recientemente en afirmar que la demolición de la Torres Gemelas del World Trade Center ha significado para todo el mundo el comienzo del siglo XXI. Algunos, como es el caso de Antonio Polito, analista de relaciones internacionales y editor del diario italiano *La Repubblica*, apuntan inicialmente que este comienzo de siglo es válido sólo para Norteamérica. Pero es indudable, a tenor del contexto de sus afirmaciones, que esta efeméride proyecta sus efectos y repercusiones muy por encima de las fronteras del coloso norteamericano¹:

A través de una política de acuerdos bilaterales, EE.UU. ha conseguido situarse geoestratégicamente en un área de vital importancia energética, la de Asia Central, que hasta hoy le estaba vedada. Además se ha encontrado con que sus supuestos enemigos potenciales (Rusia, China, Pakistán) son ahora aliados y todo ello tras un momento de debilidad, el 11-S.

A juicio del analista italiano, esta nueva dimensión geopolítica está obligando también a que Europa modifique sus esquemas mentales y actúe cada vez más con una voz única en lugar de con *quince voces sin partitura como demostró en la guerra de Afganistán*.

Por su parte, el historiador británico Timothy Garton Ash, autor de *Historia del presente*, ofrece un juicio todavía más contundente acerca de la globalización de los efectos derivados del atentado del 11-S:

Tengo la sospecha de que cambiará el curso de la historia porque lo que suceda en el mundo a comienzos del siglo XXI depende más que nunca de la conducta de un solo país, Estados Unidos, y parece muy probable que este ataque tenga consecuencias incalculables para la psicología de aquel país (...) Puede parecer aventurado insinuar que la manera en que Estados Unidos responda a un único ataque terrorista, por grande y terrible que haya sido, dará forma a todo el sistema internacional. Y, sin embargo, podría ser así. Si la caída del Muro fue el auténtico final del breve siglo XX, tenemos buenas razones para afirmar que la demolición del World Trade Center fue el auténtico comienzo del siglo XXI. Bienvenidos a otro mundo feliz.²

En Europa, sin embargo, existe la percepción de que esta entrada en el nuevo siglo no ha significado por el contrario un cambio profundo en la mentalidad del

¹ Diario ABC, Madrid, 22-01-02, pág. 33

² Diario *El País*, Madrid, 15-09-01, pág. 25

pueblo norteamericano; es decir, que a pesar del impacto que supuso la demolición e las Torres Gemelas tanto la política oficial del Gobierno como las creencias colectivas, básicamente conservadoras, de la sociedad norteamericana siguen actuando de acuerdo con los parámetros de siempre. A este respecto los críticos europeos opinan que no hay en USA gente suficientemente importante, tanto en número como en calidad, que se permita poner en cuestionamiento el militarismo a ultranza de la Administración Bush. Lo cierto es que en los primeros meses del año 2002 las encuestas dicen que el 80% de los estadounidenses respaldan a Bush y que en la misma proporción están a favor de un ataque a Irak. Por el contrario, Noam Chomsky –universalmente conocido tanto por su vertiente lingüista como por su papel de agitador disidente dentro del pensamiento izquierdista norteamericano- no está de acuerdo con esta idea y expone su firme convicción de que en América hay un antes y un después del 11-S.

*Esa es la **percepción** que siguen transmitiendo los grandes medios, pero la realidad es muy distinta. Es cierto que durante unas semanas vivimos en estado de **shock**, y también lo es que el Gobierno sacó partido de esa situación. Pero la sociedad se está abriendo... Hay debate, hay discusión: la gente está buscando otras respuestas, y acude en masa cada vez que me invitan a una universidad. Los medios insisten en transmitir esa imagen de masa obediente y pasiva, pero la otra América se esta movilizand³.*

Chomsky, desde sus posturas fuertemente críticas hacia el pensamiento ortodoxo norteamericano, se alinea también con quienes piensan que el 11-S es realmente un hito decisivo en la historia de la Humanidad. En buena medida esta es la tesis central de su último libro, editado pocas semanas después del atentado y titulado precisamente *11/09/2001*. Pero al mismo tiempo reconoce que en algunas partes se está haciendo un uso sesgado y retrógrado del impacto emocional derivado de aquel evento. *Es cierto* -confiesa en unas declaraciones periodísticas del mes de febrero-. *En todo el mundo se ha aprovechado el 11-S como excusa para reforzar la represión interior. Acabo de volver de Turquía y la situación para los kurdos -con el total apoyo de la Administración norteamericana- es cada vez más sangrante. Aquí mismo, en EE.UU., se han decretado **medidas excepcionales** de tinte fascista, pero tarde o temprano caerán por su propio peso.*

Es más, el disidente lingüista/filósofo se atreve a profetizar cuál será la próxima acción bélica de la Administración Bush y formula su previsión como una consecuencia lógica derivada de la propia dinámica interna generada por el 11-S:

Antes del verano habrá un ataque a Irak porque el presidente necesita urgentemente otra acción militar, y está muy claro cuál será el próximo objetivo. Primero, porque en Irak están las mayores reservas mundiales de petróleo, después

³ Diario *El Mundo*, Madrid, 24-02-02, pág. 20

de las de Arabia Saudí, y es comprensible que EE.UU. quiera tenerlas bajo su control. Y segundo, por razones domésticas, para silenciar el escándalo Enron y el más que probable fiasco de la política económica. Irak es, además, un enemigo fácil, sin apenas defensas después de la Guerra del Golfo.⁴

En resumen, parece lícito admitir hoy, como primera conclusión provisional, que el 11-S es valorado universalmente como el verdadero arranque de una nueva etapa histórica a escala mundial, algo así como el pistoletazo ecuménico para fijar el instante preciso a partir del cual comienza el nuevo siglo. Otro asunto distinto, pero que muchos analistas e historiadores consideran íntimamente relacionado con la anterior conclusión, es el debate y reflexión acerca de cuál es la mentalidad dominante que se está aprovechando de estas circunstancias históricas realmente excepcionales. Con el pretexto de la cruzada internacional contra el terror, los superhalcones ideológicos de nuestro tiempo han sacado a relucir sus mejores argumentos para propugnar medidas y actitudes colectivas que contribuyan al rearme moral de un Occidente amenazado por otras culturas extrañas, en un previsible choque mundial de efectos trágicamente devastadores e irreversibles.

2. PENSAMIENTO ÚNICO Y MACARTHYSMO

También se ha puesto de relieve durante estos seis meses que los miedos e incertidumbres que están atenazando al pueblo norteamericano están dando origen a un singular rearme moral, en el que los valores tradicionales vinculados a un patriotismo incuestionable ocupan un lugar principal.

Los americanos creen que la religión es más necesaria que nunca, que la familia es un pilar esencial de su vida, que el Gobierno debe hacer la guerra donde sea y que el nacionalismo es el motor de la paz y la prosperidad. Bajo este prisma no se aprecia ninguna de las críticas recientes, procedentes, sobre todo, de Europa, acerca del unilateralismo y el militarismo del presidente Bush⁵

Es más: para algunos intelectuales norteamericanos, Europa no es un aliado fiable en la confrontación contra el terrorismo internacional. Este es el caso de Rusell Mead, que en un artículo publicado en la revista conservadora *The Atlantic Monthly* ve a Europa como la madre de una familia universal en la que Estados Unidos es el padre y Corea del Norte, Irak e Irán los niños rebeldes. Cuando EE.UU. los envía a la cama sin cenar, mamá Europa les sube un vaso de leche caliente con galletas.⁶ Puede decirse que la nueva y estresante situación de USA está haciendo sospechoso de “antiamericanismo” cualquier postura tibia o contemporizadora respecto a países y organizaciones más o menos inclinadas a

⁴ Ibídem.

⁵ Diario La Vanguardia, Barcelona., 10-03-02, pág. 2 del suplemento “Revista”

⁶ Ibídem

dar cobertura o comprensión a los terroristas. Surge en la gran nación norteamericana un nuevo brote de macarthysmo que propugna, como elemento fundamental para hacer frente a las nuevas circunstancias, la implantación y el sometimiento colectivo a un pensamiento único que acapara en sí mismo toda la ortodoxia intelectual necesaria para alcanzar la victoria. Se han denunciado ya algunos casos en los que es detectable la resurrección de una **caza de brujas** similar a la que el senador Joseph McCarthy llevo a efecto en los años 50. Donna Huanca, directora artística de una galería de Houston responsable de una exposición que hacía un repaso crítico a la política exterior norteamericana, denunció el acoso psicológico y la intimidación a que le sometieron agentes del FBI:

Hace 50 años perseguían a los comunistas. Ahora, si criticas al Presidente o si no agitas la bandera te llaman poco menos que terrorista. Aquí en Houston, hay mucha gente que ha sido denunciada por sus vecinos, o expulsada de su trabajo por atreverse a dar su opinión. Hay mucho miedo e inseguridad en el país y el Gobierno se está aprovechando.

Lo cierto es que desde el 11-S hasta finales de enero, el FBI había investigado más de 435.000 denuncias por “actividades antiamericanas” ante el silencio cómplice de los grandes medios. La ofensiva se intensificó a raíz del 26 de octubre, cuando Bush firmó el USA Patriot Act y John Ashcroft se convirtió en el superfiscal con más poderes en la reciente historia de EE.UU.⁷

Efectivamente, tanto en Europa como en Estados Unidos se ha denunciado la inspiración ideológica de carácter conservador y reaccionario que inspira la política de la Administración Bush. Entre nosotros, en España, José Vidal Beneyto ha puesto de relieve esta rasgo diferencial, especialmente claro a partir del 11-S:

*“La carta de América, razones de un combate”, manifiesto en favor de la acción guerrera de Estados Unidos que acaban de publicar 60 intelectuales norteamericanos, abre una nueva fase de la permanente guerra ideológica que el **establishment** USA libra desde hace más de cincuenta años para justificar la dominación de su país y para legitimar sus posiciones hegemónicas.*⁸

Entre los 60 firmantes hay tres que de manera especial resumen esta mentalidad reaccionaria: David Blankenhorn, fundador del Instituto de Valores Americanos, que hace una reivindicación de los valores universales que, según él, ninguna otra nación en la historia ha hecho tan suyos como EE.UU.; Michael Walzer, con su conocida teoría sobre la guerra justa, y, finalmente, Samuel P. Huntington, autor de *El choque de las civilizaciones*, y constructor de una hipermediatizada profecía en la que el islamismo aparece en el papel de **malo**

⁷ Diario *El Mundo*, Madrid, 23-01-02, pág. 22

⁸ Diario *El País*, Madrid, 16-02-02, pág. 8.

absoluto. *Con todo –concluye Vidal Beneyto-, lo más lamentable del texto es que no se haga mención alguna a la conculcación sistemática de los derechos humanos en su país y a la censura/autocensura de los medios después del 11-S, y que no se exija a Bush la firma de ni siquiera uno de los múltiples convenios internacionales que rechaza, cuando lo único que persiguen es la creación de una estructura de derechos/deberes, iguales para todos y de alcance mundial.*⁹

Se ha producido una respuesta europea a “La carta de América” hasta el punto de que en los ambientes intelectuales de algunos países (París, Berlín, Roma, Madrid, etc.) ya se está preparando un borrador en el que se recoge, sobre todo, la indignación por la pretensión americana no sólo de legitimar esta guerra, sino de querer considerarla como moralmente necesaria. *Para proteger la dignidad humana –dice el texto de dicho borrador- los autores del manifiesto deberían unir sus esfuerzos a los nuestros para contribuir a la creación de un marco jurídico global que obligue a todos por igual y que se traduzca en la reducción de las desigualdades y la promoción de un mundo más justo y solidario, única manera eficaz de acabar con el terrorismo.*¹⁰

Además de los grupos de intelectuales más o menos progresistas, también los medios de comunicación e incluso algunos políticos con cargos de gobierno en sus respectivos países han criticado en Europa abiertamente esta tentación norteamericana hacia una especie de totalitarismo ideológico. La revista inglesa *The Economist*, por ejemplo, ironiza contra el número dos del Departamento de Defensa, Paul Wolfowitz, responsable intelectual y cerebro de la teoría del **eje del mal** y del anunciado ataque a Irak: *Es un halcón rápido e inteligente que va derecho a la garganta..* La alemana *Der Spiegel*, por su parte, caricaturiza en la portada a Bush como Rambo y a sus principales asesores como bárbaros que blanden espadas sangrientas. Y, por primera vez en la historia, cinco ministros de Asuntos Exteriores europeos y casi otros tantos altos funcionarios han criticado públicamente un discurso oficial de un presidente norteamericano: desde “*simplista*” (Hubert Vedrine), al “*no debe confundir entre aliados y satélites*” (Joschka Fischer), pasando por “*absolutista*” (Chris Patten).¹¹

La reacción norteamericana ante estos gestos de incompreensión por parte de sus aliados europeos ha resultado un tanto pintoresca: la creación de un nuevo organismo dentro el Pentágono encargado de velar por la imagen exterior de Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo mediante el maquillaje de las noticias que salgan de los centros oficiales de USA. Este nuevo organismo pasaría a llamarse *Oficina de Influencia Estratégica* (OEI), pero una vez que *The New York Times* desveló la existencia de este proyecto, a mediados del mes de febrero,

⁹ *Ibidem*

¹⁰ Diario El País, Madrid, 24-02-02, pág.9

¹¹ *Ibidem*

la Administración Bush se asustó ante la tormenta política que se le venía encima y parece ser que dio marcha atrás. Efectivamente, esta supuesta oficina de información dirigida al mundo exterior norteamericano encolerizó a los profesionales de los medios dentro y fuera de USA. Mauren Dow, en su famoso columna del *NYT*, aireaba su irritación con estas palabras: *A los europeos les van a dar información falsa; a los estadounidenses ni eso, porque Bush tiene una espantosa manía secretista*¹². De los periódicos europeos, cabe destacar la contundente y equilibrada reacción de *El País*, en un editorial -“Derecho a mentir”- donde decía lo siguiente:

*Asusta la idea de un ventilador engrasado por millones de dólares difundiendo una mezcolanza indiscriminada de verdades y mentiras. Acabaría contaminando la información del Pentágono y poniendo en entredicho las versiones oficiales estadounidenses, uno de sus activos tanto en tiempos de paz como de guerra.*¹³

A la vista de todos estos datos, empieza a ser ya un lugar común entre los analistas de política internacional la sensación de que la sociedad norteamericana se encuentra en el umbral de una nueva radicalización reaccionaria, según el modelo de la etapa del macarthysmo de los años 50. Piensan estos observadores que se está gestando una sociedad autoritaria, parecida a la visión orweliana del Gran Hermano, una nueva era caracterizada por los siguientes ingredientes: unidad patriótica, máximo consenso político, terror a la disensión, reforzamiento de los valores morales y religiosos de la comunidad, cesión al Estado por parte de la sociedad de espacios específicos propios de las libertades civiles, seguridad por los cuatro costados, desconfianza... Miedo en suma. *Hasta la grieta civil creada por las agrias elecciones del año 2000 ha quedado cerrada. Estados Unidos en bloque alaba a George W. Bush. O, al menos, tan sólo uno de cada 10 ciudadanos se atreve a decir lo contrario en público.*¹⁴

Miedo y desconfianza fueron también características diferenciales de la sociedad civil americana de la era macarthysta. Y no olvidemos que este clima social, trasladado al campo de la actividad profesional de los periodistas, produjo entonces una enorme conmoción dentro del ámbito laboral de los comunicadores periodísticos de los Estados Unidos de América. El profesor C.-J. Bertrand ha asociado la aparición del movimiento llamado **New Journalism** a la reacción que las cortapisas de era macarthysta produjo en los jóvenes periodistas, obligados a aceptar ingenuamente todas las noticias que llegaban a los medios procedentes de las fuentes institucionales. Y esta reacción dio pie a que, en un momento determinado a finales de los 60, la prensa dejó de ser el cronista rutinario de sucesos y el instrumento pasivo de las instituciones para pasar a adoptar una

¹² *Ibíd*em

¹³ *Diario El País*, Madrid, 23-02-02, pag. 12

¹⁴ *Diario El Mundo*, Madrid, 12-03-02, pág. 23

postura crítica e incluso contestataria, en la línea de lo que se llamó poco después, ya en los años 70, el **periodismo activista** (de participación o de apología) y el **periodismo de oposición**, pero también el **periodismo de investigación** y el **periodismo de precisión**.

Crece entonces –dice Bertrand- el número de los que cuestionan los viejos valores periodísticos. La mayor parte, no hay que olvidarlo, sale de las universidades y de un considerable número de sus escuelas y facultades de periodismo. Algunos de ellos habían hecho sus primeras armas en los semanarios y diarios de los colleges y de los campus universitarios. Esta famosa objetividad (en cuanto valor propugnado por la tradición del periodismo liberal norteamericano, por lo menos hasta finales de los años sesenta) había demostrado cuáles podían ser sus efectos en los años cincuenta, en la época que tiranizó Joe McCarthy. La prensa reprodujo entonces ‘objetivamente’ todas las exageraciones, todas las mentiras y todas las calumnias de los ‘cazadores de brujas’. Sus víctimas, por el contrario, no tuvieron acceso a los medios.¹⁵

Esta complicidad entre los comunicadores públicos y el déspota político de los años 50 ha sido puesta de manifiesto por diferentes autores. Así, por ejemplo, Roberta Straus afirma lo siguiente:

De este modo, los periodistas que con frecuencia sabían que McCarthy estaba mintiendo, escribían lo que él decía y dejaban que el lector, que no tenía ningún medio de averiguarlo, intentase deducir la verdad. Y los directores y propietarios de los periódicos, que también sabían que mentía, publicaban sus acusaciones y hacían sus comentarios en los editoriales. Periodistas y editores justificaban su trabajo de información sobre McCarthy recurriendo al sagrado derecho a la objetividad. Su obligación era publicar los hechos, decían, no interpretarlos ni juzgarlos. Pero no hay ningún periódico, ni ningún libro que sea totalmente objetivo. Políticos y no políticos de todo el mundo pronuncian diariamente millones de palabras. La prensa decide cuáles de estas palabras ha de publicar, en qué página y con qué tipo de letra.¹⁶

A lo largo de los dos trimestres transcurridos desde el luctuoso 11-S, en los ambientes internacionales sensibles a los problemas que afectan al periodismo mundial se abre paso la penosa sensación de que en el año 2002, nuevamente, el periodismo norteamericano se está prestando a una humillante complicidad y sumisión respecto a los hombres y las ideas que actualmente ejercen el poder político en Estados Unidos.

¹⁵ CLAUDE-JEAN BERTRAND: “Le néo-journalisme américain”, en *Presse Actualité*, janvier 1977 (nº. 115), page. 21. Vid. también JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS, *La noticia y los comunicadores públicos*, Madrid, Ed. Pirámide, 1978, págs. 217-244

¹⁶ ROBERTA STRAUSS FEUERLICHT, *Joe McCarthy y el McCarthysmo*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1976, pág. 95

3. DERECHO A UNA OPINION CRÍTICA

Contemplado el panorama desde la vertiente europea, la sociedad norteamericana, en general, produce hoy día la impresión de un ámbito intelectual de muy escasas posibilidades para la disensión o la discrepancia: o se está con el Gobierno se es un peligroso sospechoso de antiamericanismo. Grupos étnicos, sociales y políticos de carácter minoritario han denunciado el recrudecimiento de una cruzada a favor de la recuperación de un espíritu nacional monolítico y con escasas fisuras: *Siempre nos han hostigado* –se queja el dirigente de uno de esos grupos semiclandestinos, **La Peña del Bronx**-, *pero desde el 11 de septiembre somos el blanco de la persecución política. Aquí, por cuestionar la política del Gobierno te acusan de terrorista. Ya sabes lo que dice el Presidente: o conmigo o contra mí.*¹⁷

Parece que el comienzo de esta línea autoritaria se produce a partir del 26 de octubre de 2001, con la publicación de la *USA Patriot Act*, reforzada pocas semanas más tarde con la Proposición de Ley de 12 de diciembre que autoriza a los tribunales militares para el enjuiciamiento de terroristas extranjeros.

Dentro de ese clima de ocultación y secretismo, los objetivos del Gobierno se diversifican en un abanico de temas variados: desde la limitación a la divulgación de información científica, a la ocultación de documentos de alcance económico (escándalo Enron) o político cuyo conocimiento pudiera ser peligroso para los hombres de la Administración.

*En realidad, el equipo de Bush ha emprendido un ataque a la verdad que hace que el intento del presidente Richard Nixon de encubrir el robo de Watergate parezca, en comparación, una aberración temporal. La agresión nace en la raíz del proceso gubernamental. Bush está bloqueando la publicación prevista de documentos en virtud de la Ley de Documentos Presidenciales (PRA), de 1978, que ordena que todos los papeles de cada presidente, salvo los que son especialmente delicados, se den a conocer al público 12 años después de que dicho presidente deje el cargo. En el caso de Reagan, el reloj empezó a correr en 1989. El 20 de enero de 2001 correspondía publicar la primera serie (68.000 páginas) de sus papeles. Debía haber sido un trámite de rutina. Pero la nueva Administración de George W. Bush, que acababa de pasar por la controversia de los votos en Florida en las elecciones presidenciales de 2000, aprovechó una cláusula de la PRA, que permite que la decisión de publicar ciertos documentos sea consultada al presidente durante 30 días. Así empezó lo que se ha convertido en un gran punto muerto. En agosto había pasado medio año y seguía sin publicarse ningún documento.*¹⁸

¹⁷ Diario *El Mundo*, Madrid, 21-03-02, pág. 48

¹⁸ Diario *El País*, Madrid 17-02-02, pág.4

No es ésta la única ocasión en la que Bush invoca su privilegio ejecutivo para bloquear investigaciones en marcha que podrían resultar perjudiciales para la Administración. Uno de estos casos tiene que ver con papeles relacionados con el escándalo Enron, hasta el punto de que la Oficina General de Cuentas del Congreso (GAO) ha tenido que querellarse contra un responsable federal –en este caso el vicepresidente Richard Cheney- para obtener una información que se le estaba denegando. Es la primera vez que ocurre tal cosa en los 81 años de historia de esta Oficina de Cuentas, respetado brazo investigador del Congreso estadounidense.

El secretismo en la Administración de Bush no se limita a una o dos personas –dice el congresista Aftergood-. Se hable de la guerra en Afganistán o de documentos presidenciales de hace 20 años, la Administración quiere controlar lo que se le permite saber al público. Es un cambio espectacular respecto al Gobierno de Clinton, en el que varios organismos defendían la necesidad de publicar más datos y se dio a conocer un volumen sin precedentes de información sobre la que se había levantado el secreto oficial.¹⁹

Las decisiones del equipo de Bush sobre información de carácter científico que pudiera ser utilizada eventualmente por los terroristas en una acción contra Estados Unidos, ha conseguido levantar las protestas no sólo de la comunidad científica sino también de algunas asociaciones políticamente muy activistas, puesto que las limitaciones van más allá de lo estrictamente bacteriológico: el fiscal general John Ashcroft ha respaldado a su vez un uso muy restrictivo de la ley sobre libertad de información, a la que periódicos y asociaciones pro derechos civiles suelen recurrir para tener acceso a ciertos archivos oficiales. Los dirigentes de la Sociedad Americana de Microbiología han acogido con desagrado esta iniciativa del Gobierno: Esto mina los fundamentos de la ciencia –ha dicho el vicepresidente- y he dejado claro que nos opondríamos a cualquier tipo de censura.²⁰

3. a) Ausencia de debate intelectual

El resultado final de todas estas actuaciones de diferente signo es que el miedo y el recelo imperan en la sociedad norteamericana, como en los peores tiempos de la época macarthysta. Otra consecuencia de extraordinaria importancia es el distinto enfoque de europeos y americanos en lo que se refiere a la política internacional. El esquematismo oficial estadounidense queda reflejado en varias de las decisiones y medidas patrocinadas por la Administración Bush. Pero, desde el punto de vista del papel que desempeñan los medios de comunicación norteamericanos en la actual coyuntura, la percepción europea es que están cómodamente instalados en un conformismo acrítico que les impide discrepar

¹⁹ Ibídem

²⁰ Diario El País, Madrid, 18-02-02, pág. 3

claramente de las líneas marcadas por su Gobierno. Es esta la situación perfecta para la implantación colectiva de un sentimiento generalizado de autocensura en toda la sociedad, que va desde los ciudadanos hasta los responsables de los grandes **mass-media**. Un prestigioso politólogo y analista estadounidense, Norman Birnbaum, ha resumido la situación con estas palabras:

La vuelta de tuerca en la política internacional requiere una reflexión amplia que huya del esquematismo. El debate intelectual sobre este asunto difiere mucho entre Estados Unidos y Europa. Se puede decir que en EE.UU. ha habido cierta dosis de presión gubernamental, sobre todo con árabes y con periodistas excesivamente críticos con el programa nacional de George W. Bush. Y además hay una autocensura por parte de los ciudadanos.²¹

El asunto de la autocensura puede ser valorado desde dos ópticas absolutamente contrarias entre sí. La autocensura –como actitud equivalente a un autocontrol voluntariamente aceptado, cosa muy distinta de la censura propiamente dicha - puede ser considerada como un acto de cobardía de las grandes instituciones sociales y de los medios de comunicación americanos en relación ante los riesgos derivados del ejercicio de la libertad de conciencia y de expresión. Pero también puede ser entendida como un gesto de solidaridad de esas mismas instituciones y medios con los grandes valores ciudadanos en un momento de crisis, para evitar que el debate enrarezca el ambiente y favorezca el auge de las fuerzas contrarias al mantenimiento y vitalidad de esos valores democráticos: la vida, la libertad, la seguridad nacional, incluso el simple y chovinista prestigio patriótico ante el resto del mundo. En este sentido, algunos autores hablan de la excesiva facilidad del pueblo norteamericano a dejarse embaucar por estos cantos de sirena que les inducen, de vez en cuando, a dejar de lado sus diferencias y posiciones discrepantes para formar un bloque común frente a los eventuales enemigos exteriores. Y esa facilidad para dejarse convencer acerca de las ventajas de la autocensura queda plasmada frecuentemente, según explica Paul Johnson, en un exceso de confianza y de dependencia de los americanos en sus presidentes en cada uno de los momentos cruciales de su historia:

Lo cierto es que los americanos esperan demasiado de sus presidentes: integridad absoluta, en un sistema político donde la recaudación personal de fondos multimillonarios es esencial; castidad monacal, en una época permisiva; una anodina corrección política que sólo se puede mantener anulando las opiniones y caprichos que vuelven interesante a un político; más aún, la voluntad de someterse a feroces interrogatorios sobre esto y otros temas frente a los grandes inquisidores de los medios de comunicación.²²

²¹ Diario *El Mundo*, Madrid, 24-01-02, sección "Cultura"

²² PAUL JOHNSON, *Al diablo con Picasso y otros ensayos*, Madrid, Javier Vergara Editor, 1997, p.. 300

El resultado de estas múltiples exigencias es, según P. Johnson, que los mejores ciudadanos americanos se niegan a iniciar la carrera para el cargo de presidente. Muchos hombres decentes, enérgicos y capaces, por fuerte que sea su sentido del servicio público, se niegan a aceptar estas condiciones. Los siete primeros presidentes las hubieran encontrado inaceptables. *Una democracia de los medios como la estadounidense, donde el público exige el derecho de saberlo todo, ilustra el principio de que lo mejor es enemigo de lo bueno. Es imposible tener presidentes perfectos, y de este modo ni siquiera se consiguen buenos.*²³

La conclusión de este razonamiento puede ser la siguiente: el pueblo norteamericano es consciente de que casi nunca tienen un presidente a la altura de las circunstancias, pero su orgullo patrio les lleva a cerrar filas en torno a él cada vez que se produce una situación crítica en que peligra la propia identidad de la nación estadounidense. George W. Bush, con sus conocidas y sospechosas dificultades para superar el número de votos necesarios para su nombramiento y con el sambenito añadido de su anterior trayectoria como gobernador de Texas, puede ser un ejemplo paradigmático para entender la citada conclusión, que en este caso no parece muy arriesgada. Y de esta condescendencia cómplice participan igualmente los medios de comunicación, y no tan sólo aquel 80% de los norteamericanos que respaldan a Bush según las encuestas de los primeros meses de este año 2002. De este forma, el periodismo, concebido originariamente *para criticar a los notables, enderezar entuertos, atacar gobiernos y humillar a los arrogantes*²⁴, se ha convertido en un instrumento dócil ante las presiones gubernamentales que ha servido para favorecer la implantación de un esquematismo, intelectualmente intolerable, que divide al mundo en dos bloques antagónicos: los buenos americanos luchando contra las fuerzas desatadas del **eje del mal**.

3. b) El perro-guardián de las instituciones

Cuando los medios actúan de esta manera están traicionando el papel fundamental que la mentalidad liberal les ha confiado en las sociedades modernas. *En el mejor de los casos, la prensa es sirviente y guardián de las instituciones; en el peor, es un medio gracias al cual unos pocos explotan la desorganización social para sus propios fines*, escribía Walter Lippman en 1922, en un texto -*La opinión pública*- que es una referencia teórica obligada para todos los profesionales del periodismo norteamericano²⁵. La finalidad del periodismo, según este autor, es la de cooperar con las demás grandes instituciones de la comunidad -gobiernos, escuelas e iglesias- para facilitar a los ciudadanos *la invención, creación y organización de una maquinaria del conocimiento*, de forma que la sociedad llegue

²³ *Ibidem*

²⁴ *Ibidem*, pág. 24

²⁵ WALTER LIPPMANN, *Public Opinion*, New York, Macmillan, 1922, pág. 363

a alcanzar *una imagen del mundo digna de confianza*. Por estar obligados a obrar sin esta imagen fiable de la sociedad, *los gobiernos, escuelas, periódicos e iglesias progresan muy poco contra las deficiencias más evidentes de la democracia, contra los prejuicios violentos, la apatía, la preferencia por lo curioso y trivial más que por lo importante y aburrido, y la avidez por las exhibiciones sensacionalistas.*²⁶

Ahora bien, de acuerdo con la mentalidad liberal que impregna el nacimiento de lo que actualmente entendemos por periodismo, y de modo muy especial en EE.UU., la imagen fiable de la sociedad, la imagen del mundo digna de confianza, es siempre el resultado de un debate interno dentro de esa sociedad con objeto de llegar a definir los principios y objetivos de la comunidad. El credo liberal establece el principio de que la verdad es el resultado de un proceso previo en el que deben intervenir todos los agentes sociales involucrados en ese asunto -el mítico principio denominado **self-righting process of truth**-. Y este principio trasladado al campo del periodismo nos lleva a la conclusión bellamente formulada por Umberto Eco según la cual *el periodismo no es una verdad única, sino una suma de miradas sobre la realidad*.

El periodismo -he escrito anteriormente- es un producto cultural y una actividad económica derivadas de una mentalidad no sólo liberal, sino más bien liberalista; es decir, una mentalidad que surgió a partir de unas tomas de posición ideológicamente comprometidas, e incluso agresivas, por parte de muchos de los agentes históricos que promovieron la aparición de los primeros periódicos en el mundo occidental. Sin una mentalidad liberal cargada de un cierto mesianismo apostólico, no existiría el periodismo que conocemos y a cuyo estudio nos dedicamos. Pero tampoco habría sido formulada jamás la teoría política de la prensa como perro-guardián de las instituciones frente a las asechanzas y los abusos del Poder.²⁷

4. CONCLUSIONES

Llegados a este punto, las posibles conclusiones de este razonamiento creo que están a la vista. No obstante, intentaré condensarlas aquí en unas líneas finales.

El debate intelectual es consustancial con la propia esencia del periodismo occidental y, de modo particular, constituye la columna vertebral del sistema democrático norteamericano. Los medios de comunicación son conscientes de que cada uno de ellos aporta tan sólo un número reducido de miradas sobre la realidad, pero ninguno de ellos en solitario tiene el privilegio de proporcionar a la sociedad esa *imagen del mundo digna de confianza* que es necesaria para que

²⁶ *Ibidem*, págs. 364 y 365.

²⁷ JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS, *El ocaso del periodismo*, Barcelona, Ed. CIMS, 1997, pág. 65.

gobernantes y gobernados sepan hacia dónde dirigir sus pasos y sus esfuerzos. En consecuencia, la opinión discrepante es una pieza básica del derecho a la información y constituye la piedra angular de un debate intelectual serio y riguroso.

Walter Lippman formuló hace ahora 80 años una visión profética de lo que puede ocurrir hoy a la sociedad norteamericana, una visión que es aplicable tanto a la prensa en EE.UU como al gobierno de la Nación, y que él expuso en los siguientes términos: Todos estos problemas se remontan a un origen común, a saber, el fracaso de los pueblos autogobernantes, que no lograron superar sus experiencias más o menos incidentales y sus prejuicios y, por tanto no fueron capaces de inventar, crear y organizar una adecuada maquinaria para alcanzar el conocimiento.

Sin debate intelectual en la nación y sin la presencia de opiniones críticas y discrepantes en los medios periodísticos es imposible que surja desde dentro esa delicada maquinaria capaz de producir una imagen correcta y fiable de la sociedad. Y en este caso, los Estados Unidos de América pueden estar en estos momentos ante la situación ya prevista hace tiempo por W. Lippman: *Este es el primer defecto de nuestro gobierno popular; un defecto inherente a sus propias tradiciones, y del cual creo que surgen todos los demás defectos de este gobierno.*²⁸

BIBLIOGRAFÍA

- BERTRAND, Jean-Claude (1977): «Le néo-journalisme américain», en *Presse Actualité*. Janvier, nº 115.
- CHOMSKY, Noam (2001): *11/09/2001*. Barcelona, RBA Libros, S.A.
- JOHNSON, Paul (1997): *Al diablo con Picasso y otros ensayos*. Madrid, Javier Vergara Editor
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis (1978): *La noticia y los comunicadores públicos*. Madrid, Ed. Pirámide.
- (1997): *El ocaso del periodismo*. Barcelona, Ed. CIMS.
- STRAUSS FEUERLICHT, Roberta (1976): *Joe McCarthy y el McCarthysmo*. Barcelona, Ediciones Grijalbo.
- WALTER LIPPMANN (1922): *Public Opinion*. New York, Macmillan.

(Artículo recibido el 10 de abril de 2002. Aceptado el 10 de mayo de 2002)

²⁸ W. LIPPMANN, *op.cit.*, pag. 365